Discurso de graduación en la Universidad de Stanford

Steve Jobs

Steve Jobs, junio 2005.

“Me siento honrado de estar con vosotros hoy en esta ceremonia de graduación en una de las mejores universidades del mundo. Yo nunca llegué a licenciarme. De hecho, esto es lo más cerca que he estado nunca de una graduación universitaria.

Hoy quiero contaros tres historias de mi vida. No es gran cosa. Solo tres historias.

La primera historia es sobre conectar puntos. Me retiré del Reed College a los seis meses de iniciar los estudios, pero seguí asistiendo de modo intermitente a clases durante otros dieciocho meses más antes de abandonar. ¿Por qué lo dejé? Todo empezó antes de nacer. Mi madre biológica era una joven estudiante de universidad, soltera, que decidió darme en adopción. Ella creía firmemente que debía ser adoptado por estudiantes graduados. Por lo tanto, todo estaba dispuesto para que al nacer me adoptaran un abogado y su esposa. Sin embargo, cuando nací se dieron cuenta en el último minuto de que en realidad deseaban una niña. De ese modo mis padres, que estaban en lista de espera, recibieron una llamada en mitad de la noche preguntándoles: “Tenemos un niño no deseado; ¿lo quieren?”. Ellos contestaron: “Por supuesto”. Cuando mi madre biológica descubrió que mi madre nunca se había graduado en la universidad y que mi padre tampoco tenía estudios, se negó a firmar los papeles definitivos de la adopción. Solo cambió de parecer unos meses más tarde cuando mis padres le prometieron que, llegado el momento, yo iría a la universidad.

Y a los 17 años fui a la universidad. Ingenuamente escogí una casi tan cara como Stanford y todos los ahorros de mis padres, de clase trabajadora, se fueron en abonar la matrícula. Seis meses después, yo no había sido capaz de apreciar el valor de su esfuerzo. No tenía idea de lo que quería hacer con mi vida y tampoco sabía si la universidad me ayudaría a descubrirlo. Y ahí estaba yo gastándome todo el dinero que mis padres habían ahorrado a lo largo de toda su vida. Decidí dejarlo y confiar en que todo iba a salir bien. Ese momento fue aterrador, pero mirando hacia atrás fue una de las mejores decisiones que he tomado nunca. Al dejar los estudios, pude prescindir de las clases obligatorias que no me interesaban y empecé a frecuentar con asiduidad las que sí consideraba interesantes.

No todo fue tan romántico como parece. No tenía dormitorio, dormía en el suelo de las habitaciones de amigos, devolvía botellas de Coca Cola a

los depósitos para contar con los cinco centavos para comprar comida y todos los domingos por la noche caminaba once kilómetros para atravesar la ciudad y disfrutar de una comida decente a la semana en el templo Hare Krishna. Me gustaba. Y gran parte de lo que encontré siguiendo mi curiosidad y mi intuición, más tarde resultó tener un valor incalculable. Os pongo un ejemplo: en esa época Reed College ofrecía la que posiblemente era la mejor formación en caligrafía de todo el país. Cada cartel, cada etiqueta de cualquier cajón de la universidad estaban bellamente escritos en caligrafía a mano. Como había abandonado el curso y no tenía que asistir a las clases normales, decidí tomar una clase de caligrafía. Aprendí sobre tipografías con serif y sin serif, sobre las variaciones en la cantidad de espacio entre las distintas combinaciones de letras, sobre lo que hace grande a la tipografía. Era hermoso, histórico y de una sutileza artística que la ciencia no es capaz de capturar, y lo encontré fascinante.

A priori, nada de esto tenía una aplicación práctica en mi vida. Pero diez años más tarde, cuando estábamos diseñando el primer ordenador Macintosh, todo esto encontró su sentido. Y lo diseñamos dentro del Mac. Fue el primer ordenador con una bella tipografía. Si no hubiera asistido a ese curso en la universidad, el Mac nunca habría tenido las tipografías múltiples o unas fuentes proporcionalmente espaciadas. Y como Windows copió a Mac, es probable que no las tuviera ningún ordenador personal. Si no hubiera dejado los estudios, nunca habría asistido a esa clase de caligrafía y posiblemente los ordenadores personales no tendrían las maravillosas tipografías que tienen en la actualidad. Evidentemente era imposible conectar los puntos mirando hacia el futuro cuando estaba en la universidad. Sin embargo, fue muy obvio cuando miraba al pasado diez años más tarde.

Insisto, no podéis conectar los puntos mirando hacia el futuro, solo podéis conectarlos mirando hacia el pasado. Por ello tenéis que confiar en que los puntos, de alguna manera, se conectarán en vuestro futuro. Tenéis que confiar en algo: el destino, el karma, vuestro instinto, lo que sea. Nunca he abandonado esta perspectiva y es la que ha marcado la diferencia en mi vida.

La segunda historia es sobre el amor y la pérdida. Fui afortunado porque en mi vida descubrí lo que quería hacer. Woz [Steve Wozniak] y yo creamos Apple en el garaje de mis padres cuando tenía 20 años. Trabajamos duro y en diez años pasamos de estar solo nosotros dos en un garaje a tener 4.000 empleados y una compañía valorada en 2.000 millones de dólares. Acabábamos de presentar nuestra más importante creación, el Macintosh, un año antes y yo acababa de cumplir 30 años.

Y entonces me despidieron. ¿Cómo te pueden despedir de tu propia empresa? Bien, debido al crecimiento de Apple contratamos a una persona en cuyo talento confiamos para dirigir la compañía conmigo. Al principio

las cosas fueron bien, pero entonces nuestras visiones del futuro empezaron a divergir y finalmente tuvimos un encontronazo. Cuando esto ocurrió, el Consejo lo respaldó a él. De ese modo, a los 30 años estaba fuera. Y muy notoriamente fuera. Había desaparecido aquello que había ocupado el centro de toda mi vida adulta. Fue devastador.

Durante unos meses realmente no supe qué hacer. Tenía la sensación de haber decepcionado a la generación anterior de empresarios, de haber dejado caer el testigo cuando me lo estaban pasando. Me reuní con David Packard y Bob Noyce e intenté disculparme por haberlo echado todo a perder. Fue un fracaso público e incluso pensé en alejarme del Valle [de “Silicon Valley”, California]. No obstante, lentamente empecé a darme cuenta de algo: todavía amaba lo que hacía. El revés ocurrido con Apple no había cambiado en absoluto esa sensación. Había sido rechazado, pero seguía enamorado. Y decidí empezar de nuevo.

Entonces no fui capaz de verlo, pero ser despedido de Apple fue lo mejor que podría haberme pasado. La pesadez de tener éxito fue reemplazada por la ligereza de ser un novato de nuevo. Esto me liberó y entré en una de las etapas más creativas de mi vida. Durante los siguientes cinco años, fundé una empresa llamada NeXT, otra empresa llamada Pixar y me enamoré de una mujer asombrosa que se acabó convirtiendo en mi esposa. Pixar siguió adelante y creó la primera película animada por ordenador del mundo, Toy Story, y en la actualidad es el estudio de animación de mayor éxito del mundo. En un giro sorprendente de los acontecimientos, Apple compró NeXT. Yo, por lo tanto, regresé a Apple y la tecnología que desarrollamos en NeXT constituye el corazón del actual renacimiento de Apple. Y Laurene y yo hemos formado juntos una maravillosa familia.

Estoy bastante seguro de que nada de esto habría sucedido si no me hubiesen despedido de Apple. Fue una medicina amarga, pero supongo que el paciente la necesitaba. En ocasiones la vida te golpea en la cabeza con un ladrillo. No perdáis la fe. Estoy convencido de que lo único que me permitió avanzar fue que yo amaba lo que hacía. Tenéis que encontrar lo que amáis. Y eso es tan válido para el trabajo como para la vida sentimental. El trabajo llenará gran parte de vuestras vidas y la única manera de sentiros realmente satisfechos será haciendo lo que creéis que es un gran trabajo. Y la única forma de hacer un gran trabajo es amando lo que se hace. Si aún no lo habéis encontrado, seguid buscando. No os rindáis. Como con los asuntos del corazón, sabréis cuándo lo habéis encontrado. Y, al igual que las grandes relaciones, mejora con el paso de los años. Así que seguid buscando. Y no os rindáis.

Mi tercera historia es sobre la muerte.

Cuando tenía 17 años leí una cita que decía así: “Si vives cada día como si fuera el último, es muy probable que algún día hagas lo correcto”. Me impresionó, y desde entonces, durante los últimos 33 años, me miro cada mañana en el espejo y me pregunto: “Si hoy fuera el último día de mi vida, ¿querría hacer lo que estoy a punto de hacer?”. Y siempre que la respuesta ha sido “no” durante varios días seguidos, he sabido que tenía que cambiar algo.

Recordar mi mortalidad constituye la herramienta más importante que he encontrado para tomar las grandes decisiones en mi vida. Porque casi todo —las expectativas externas, el orgullo, el temor a la vergüenza o al fracaso, etc.— desaparece a las puertas de la muerte, dejando solo aquello que es realmente importante. Recordar que vas a morir es la mejor manera que conozco para evitar la trampa de pensar que tienes algo que perder. Ya estás desnudo. No hay ninguna razón para no seguir lo que dicta tu corazón.

Hace aproximadamente un año me diagnosticaron un cáncer. Me sometieron a un escáner a las 7:30 de la mañana que claramente mostraba un tumor en el páncreas. ¡Ni sabía lo que era el páncreas! Los médicos me dijeron que era muy probable que fuera un tipo de cáncer incurable y que mi expectativa de vida no iría más allá de tres a seis meses. Mi médico me aconsejó irme a casa y poner en orden mis asuntos, lo que en clave médica significaba prepararme para morir. Significa intentar decir a tus hijos todo lo que pensabas decirles en los próximos diez años, pero comprimido en unos pocos meses. Significa asegurarte de que todo esté suficientemente bien atado para que el trance sea lo más sencillo posible para tu familia. Significa despedirte.

Viví todo el día con ese diagnóstico. Por la tarde me hicieron una biopsia en la que introdujeron un endoscopio por mi garganta, a través del estómago y en los intestinos, pincharon el páncreas con una aguja y extrajeron unas pocas células del tumor. Estaba anestesiado, pero mi esposa, que estaba presente, me contó que cuando examinaron las células bajo el microscopio, los médicos empezaron a llorar porque resultó que era una forma muy rara de cáncer pancreático que es curable con cirugía. Me operaron y ahora estoy bien. Es lo más cerca que he estado de la muerte y espero que sea lo más cerca que esté durante algunas décadas más.

Después de vivir esta experiencia, ahora puedo deciros esto con un poco más de certeza que cuando la muerte era un concepto útil pero puramente intelectual: nadie quiere morir. Incluso la gente que quiere ir al cielo no quiere morir para llegar allí. La muerte es el destino que todos compartimos. Nadie ha escapado de ella. Y así debe ser porque la muerte es posiblemente la mejor invención de la vida. Es el agente de cambio. Elimina lo viejo para dejar paso a lo nuevo. Ahora mismo lo nuevo sois

vosotros, pero algún día, no muy lejano, seréis los viejos. Y seréis eliminados. Lamento ser tan trágico, pero es la verdad. Vuestro tiempo es limitado, así que no lo perdáis viviendo la vida de otra persona. No os dejéis atrapar por dogmas, no viváis con los resultados del pensamiento de otras personas. No permitáis que el ruido de las opiniones ajenas silencie vuestra voz interior. Y lo más importante, tened el valor de seguir a vuestro corazón y a vuestra intuición, porque de alguna manera ya saben lo que realmente queréis llegar a ser. Todo lo demás es secundario.

Cuando era joven, había una asombrosa publicación llamada The Whole Earth Catalog, una de las biblias de mi generación. Fue creada por un tipo llamado Steward Brand no muy lejos de aquí, en Menlo Park, y le dio vida con su toque poético. Fue a finales de los años 60, antes de los ordenadores personales y de la edición mediante microcomputadoras. Se editaba usando máquinas de escribir, tijeras y cámaras Polaroid. Era como un Google con tapas de cartulina, 35 años antes de que apareciera Google. Era idealista y rebosante de hermosas herramientas y grandes conceptos.

Steward y su equipo publicaron varias ediciones de The Whole Earth Catalog y luego, cuando llegó el momento, publicaron la última edición. Fue a mediados de los años 70 y yo tenía vuestra edad. En la contraportada de ese último número, había una fotografía de una carretera rural a primera hora de la mañana, similar a aquella en la que los más aventureros de vosotros podríais hacer autostop. El pie de foto decía: “Seguid hambrientos. Seguid alocados”. Fue su mensaje de despedida. Y yo siempre he deseado lo mismo para mí. Y ahora, cuando os estáis graduando para empezar de nuevo, es lo que os deseo a vosotros.

Seguid hambrientos. Seguid alocados.

Gracias”.

Steve Jobs